

# El lenguaje impublicable de la paranoia

Leopoldo María Panero

Leímos en un texto poco conocido de Freud, "Algunas observaciones clínicas sobre la paranoia, los celos y la homosexualidad", la tesis sorprendente de que el paranoico dice la verdad, o, al menos, percibe el inconsciente ajeno.

Ahora bien, el paranoico tiene la virtud de hablar, y de quejarse, de lo que nadie dice, o habla, pese a hallarse en el lugar que todos saben: y es esta sospecha de verdad lo que constituye la realidad paranoica. Y esta sospecha se funda en el lenguaje del gesto –la *kinesis* norteamericana sólo cuando aquel se funda en una certidumbre contra mí: ahora bien, nosogramas de esta percepción son tan fáciles como apagar la televisión cuando me dice que soy famoso, retirar la silla cuando pienso que no tengo amigos, y cosas de tan elemental evidencia.

Si el lenguaje de la llamada esquizofrenia es el de un sueño que se vive despierto, y al que yo llamo el "sueño diurno" –y del que hemos hablado en otros artículos– el lenguaje de la paranoia no sueña, sino que está plenamente despierto ante la realidad más obvia. Y ello por cuanto el lenguaje del gesto es accesible a todo ser humano, sin necesidad de cualesquiera escuelas, y la única terapia para él es el convencimiento de que no estamos locos, pero de que nuestra verdad pone en peligro el orden entero de un mundo basado en la mentira. No hay nada más horrendo, ni más sistemático, que

ese sistema de la verdad puesto en acción por el llamado paranoico. Si nadie parece creerle es por cuanto todo el mundo le cree, pero estamos, viciosamente acostumbrados mentir, y a desestimar la evidencia desde el mismo momento en

que empieza a hablarse. No sólo la moral es como diría Nietzsche, una máscara de lenguaje, hasta la misma filosofía –me refiero por ejemplo a Wittgenstein– es un sistema de negar la evidencia. Y esta evidencia es la de lo que yo llamo un cogito de dos conciencias, que es aquello a lo que Bataille llamara comunicación y que es la fuente o misterio de la risa.

Ahora bien, si existe una fuente de misterio o de error para la paranoia, esto es por cuanto el lenguaje del gesto reenvía al infinito del psiquismo animal, ya que todos los animales son telépatas y por ello no tienen conciencia ni hablan. Es este el misterio de fondo que tanto aterrera al paranoico, y perturba al *homo normalis*.

Y es así que la génesis de nuestro misterio era tan sólo un *Chien andalou*, como para siempre dijera Luis Buñuel en una película al servicio del sueño.

Y nuestra verdad estaba ahí desnuda, en la calle, en un secreto etológico que el paranoico percibe como sueño cuando es una aterradora verdad: la verdad de lo que los kabalistas –hablando del golem– llaman el *chijuth* o el alma ani-



Aloïse Corbaz, 1986. Les cahiers d' Aloïse.

mal– la verdad que nos hace reír cuando un hombre cae al suelo, lo mismo que cuando Ramón Gómez de la Serna dispara y hace caer sus muñecos del Pim Pam Pum.

Y es que la única debida transferencia es certificar al sujeto en su verdad.

### **Acerca de los diversos modos de la paranoia.**

Tras de mucho esfuerzo, Edwin Lemert, en un texto recogido en *La maggioranza deviante* (edición de Franco Basaglia y Franca Basaglia Ongaro)<sup>1</sup> ha descubierto que la paranoia pura no existe. Existe quizás tan sólo descubrimiento alucinante de la otra escena. Y la otra escena no tiene por cierto nada de freudiana. Es una pesadilla de muñecos que hablan y se mueven sin saber absolutamente lo que hacen y lo que dicen. Que quiere decir, para el paranoico, lo que su confuso espejo susurra, al decir “hoy he ido a la lavandería”. ¿Se refiere a mí? ¿Qué significa exactamente esa frase? Porque si no, por qué la dice. ¿Ha ido a la lavandería de verdad? O quiere decir que ha ido a lavarse? Por mí, por él? ¿Habla de su mujer o de mí?

Otro hombre, otro muñeco kafkiano, mira por la calle a un cartel o a un letrero de una tienda. Allí pone exactamente “casa Poli”. ¿Se refieren a Leopoldo? Y si no ¿por qué diablos miran al rótulo callejero?

Freud hablaba de la animalidad del inconsciente, del Ello, de aquello que no es nadie por una sencilla razón, por cuanto es todos, ya que el psiquismo animal es colectivo. He aquí el

misterio de la otra escena, una certidumbre alucinante, un gran dios pardo. Animal de fondo como decía Juan Ramón Jiménez, en su último libro, tan deseante de Stefan George.

Otras inmensas nulidades hablan del delirio de autoreferencia. Carl Gustav Jung, más prudentemente, hablaba de una causalidad unívoca, a la que apodaba sincronía. Tal vez se refiera a la sustancia spinoziana, que como he dicho muchas veces carece de identidad, de yo y de nombre. *Habet mille nomina*.

Es necesario precisar, sin embargo, que existe otro tipo de paranoia menos alucinante y mas concreta, que es aquella de la que habla Edwin Lemert en el texto ya citado, cuando dice que el paranoico tiene realmente perseguidores. Me refiero al caso de Jacobok Petrovitche Goliadkin, el protagonista del Doble de Dostoiewsky, un sujeto frecuentemente deforme, enano o ridículo, del que se burla todo el mundo del que todo el mundo ríe y que, para dar sentido estético a su locura, inventa los masones y la Cía y así trata de recuperar la razón. Efectivamente, como afirmaba Sigmund Freud, el delirio es un esfuerzo para recuperar el sentido. Pero ese sujeto, enano o torpe, existe, y ya loco, declara, como alguien que conocí en el manicomio de Ciempozuelos, “soy guapo” (no soy feo) y “soy de Madrid” (estoy aquí). En la segunda parte de su delirio se refiere a la psiquiatría, en la primera a su oscuro pasado prefreudiano.

Otro modo de la paranoia es la visión subliminal. Algunos creen efectivamente ver sonrisas, y efectivamente sonríen en el fondo.

La locura es una regresión al cuerpo.

---

<sup>1</sup>Giulio Einaudi, Torino, 1971. Hay una edición en castellano: Edwin Lemert. Paranoia y dinámica de la exclusión. En: Basaglia F, Basaglia Ongaro F. La mayoría marginada. Barcelona: Laia, 1973.